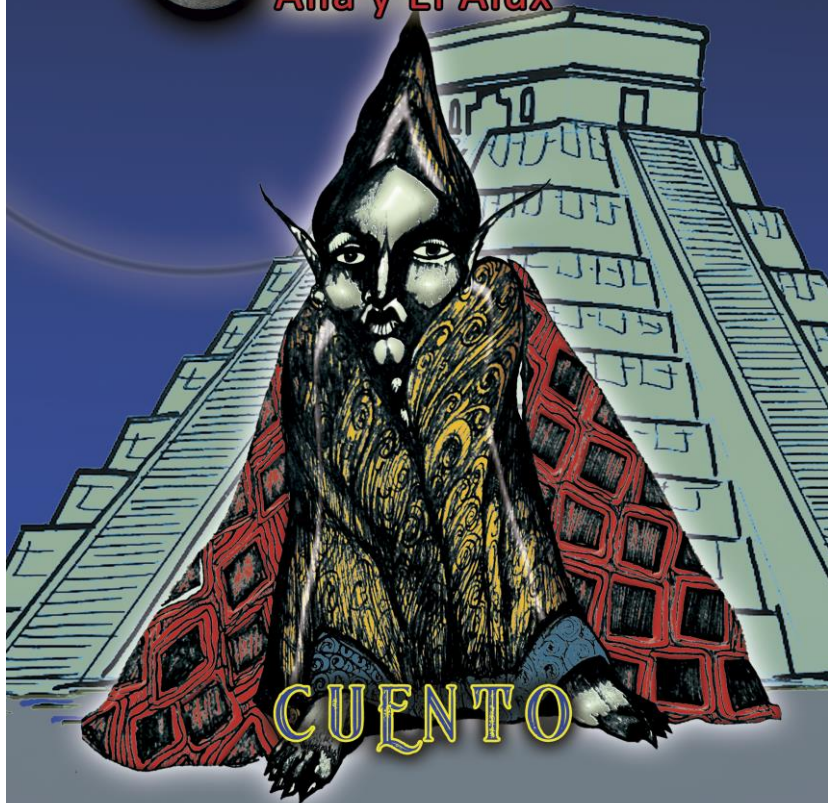


Max Herrador

EL VÓRTICE MÁGICO

Aila y El Alux



CUENTO

Max Herrador

EL VÓRTICE MÁGICO

Aila y el alux

CUENTO

863.44
H564a Herrador, Max. 1971-
El vórtice mágico [recurso electrónico] : Aila y Alux : cuento /
slv Max Herrador ; edición Mercy Campos ; ilustración de portada Pedro
Portillo ; diseñador web Adolfo Martínez. -- 1ª ed. -- San Salvador.
El Salv. : [s.n.l], 2023.
1 recurso electrónico, (50 p. ; 28 cm.
Datos electrónicos : (1 archivo, formato pdf, 501
mb).—<http://www.maxherrador.com>.
ISBN 978-99961-2-836-3 (E-Book, pdf)
1. Cuentos salvadoreños. 2. Mitología en la literatura. 3.
Literatura salvadoreña. I. Título.
BINA/jnh

2023

©**Autor:** Max Arturo Herrador Maravilla

Edición: **Jasmine Campos**

Ilustraciones de portada: **Pedro Portillo**

Diseño gráfico y diagramación: **Info-m@x** (soluciones
comunicativas)

Diseñador web maxherrador.com: **Adolfo Martínez**

Primera edición electrónica, San Salvador, El Salvador, 2023

ISBN: 978-99961-2-836-3 (E-book, pdf)

maxherrador.com

Aila, su hermanito Marco, su madre y su padre viajaron de vacaciones para conocer uno de esos grandiosos sitios arqueológicos mayas en medio de la selva yucateca. Ella y su familia vivían en Canadá y a miles de kilómetros de allí, en una ciudad al oeste, entre las montañas rocallosas. No obstante, el padre de Aila era un migrante salvadoreño y su madre de ascendencia escocesa. La pequeña era de tez trigueña de ojos verdes, nariz respingada como la de su madre, pero de rostro redondo y cachetes prominentes como su progenitor.

Era el final de la tarde de un 20 de marzo, día especial por ser el equinoccio de primavera. La gente se reunía para contemplar el atardecer frente a la pirámide principal. Su padre la sostenía de la mano, pues ella tenía diez años y aún requería de atención, en especial por toda la multitud que había arribado a ese acontecimiento astronómico; sin embargo, justo en el preciso momento cuando el sol se ocultaba en el horizonte, Aila hizo fuerza para soltarse de la mano de su padre diciéndole:

—Papá, papá, ya vengo. Allí está Marco con mamá, voy a estar con ellos.

El padre, distraído por las sombras de las pirámides que al compás del sol figuraban una serpiente gigante descendiendo por las escalinatas, apenas asintió volteando a ver por el rabillo de su ojo a Aila, asumiendo que a pocos pasos estaban su esposa e hijo, por lo que siguió contemplando de manera absorta el fenómeno.

La pequeña corrió entre las personas, pero cuando creyó estar frente a su madre advirtió que no era ella, ¡se había confundido!, y apenas escuchaba en los alrededores de nuevo la vocecita de su hermano, quien la llamaba por su nombre: “¡Ailaaa!... ¡Ailaaa!”

Ella continuó corriendo, siguiendo la voz, y sin darse cuenta había dejado el conglomerado de personas encontrándose al borde de la selva, justo en la línea entre el claro del parque turístico y el bosque denso. Agudizó sus sentidos y viendo hacia el interior de toda aquella foresta alcanzó a divisar a lo lejos a un niño corriendo al interior, quien oyéndose distante continuaba llamando en repetidas

veces su nombre en tonos irregulares como ecos: “¡Ailaaa!... ¡Ailaaa!... ¡Ailaaa!...”. Estando por un rato desconcertada, entre interrogante y molesta gritó:

—¡Maaaaarcooo, ven acá!, allí es peligroso.

Y corrió desesperada en busca de su hermanito, pero al llegar al lugar donde supuso ver la figura, esta ya no estaba y observó hacia el frente, donde logró ver de nuevo, de manera difusa a varios metros, otra vez la silueta del niño y echó a correr nuevamente en busca de él, haciendo eso mismo en repetidos ciclos hasta internarse cada vez más en la selva.

De pronto, llegó a un pequeño claro en medio de aquella arboleda donde había un monolito de piedra redondo, como plato grueso acostado; la pequeña se sentó exhausta sobre aquel disco de roca y, cansada de tanto trote, descansó un poco mientras escuchaba solo las exhalaciones de ella misma, que de forma paulatina se iban normalizando. Cuando por fin logró tomar aire y se dispuso a regresar por el mismo camino, se percató de pronto que no sabía qué dirección seguir y, además, se dio cuenta de que la luz del sol se había ido por

completo; estaba sola y en una total oscuridad. Se oyó de repente al fondo de la selva una sonrisa picaresca de niño travieso:

—!Eso no es gracioso, Marc...! —interrumpió de golpe su grito al advertir que aquello que escuchaba no era su hermanito, sino algo más, algo quizá inexplicable y siniestro. Aila, que era una niña inteligente, entendió que estaba perdida en un lugar extraño y peligroso.

Ya no había ni un haz de luz y de repente no podía verse ni las palmas de las manos cuando se las colocaba frente al rostro. Dio unos pasos hacia atrás acelerando de nuevo su respiración, pero esta vez no de cansancio, sino de angustia, se sentó en un monolito de piedra y al sentirlo al tacto notó que en su superficie había grabadas figuras y líneas labradas. Al verse sola y lejos de sus padres comenzó a llorar sin que nadie la consolara; su llanto se prolongó por varios minutos, entristeciendo profundamente a la selva misma, pues la pequeña niña era indefensa y estaba extraviada muy lejos de casa.

De pronto, escuchó unas ramas cercanas que se movían junto con unas pisadas entre las hojarascas, denotando que alguien se acercaba, y, entre la oscurana y el pánico ante lo desconocido, se sorprendió Aila al escuchar una vocecita de tono agudo y con una pronunciación de ceceo extra, diciéndole:

—No *llóreses*, pequeña humanita.

La niña, que no hablaba el idioma español con soltura, le preguntó: —¿Tú fuiste el que me perdió en este bosque?

—Ji, ji, ji, ji, ji —rió con un tono picaresco la voz, aún sin mostrarse por la escasez de luz—, no estás perdida, no has ni siquiera salido del *párqueceses*. Ji, ji, ji, ji, ji —continuó riendo.

—¿Has sido tú el que me ha estado llamando, haciéndote pasar por mi hermanito!... y ahora no sé cómo regresar al lugar donde están mi mamá y mi papito —dijo la pequeña con voz entrecortada, mientras continuaba llorando, tratando de contener los mocos que le salían líquidos por la nariz a causa de tanto llanto.

—No *llóreses*...

—Tú eres malo.

—Nooo, yo no ser *málososes* —se excusó la aguda y extraña voz, siempre con su ceceo, mientras apenado no encontraba palabras para contener el llanto de la niña.

—¡Sí lo eres! —replicó en tono fuerte.

—Mira... acá está el camino.

—¡No veo nada!

—Oooh, sí, perdóname, no recordaba que las niñas como tú no pueden ver nada en las oscuranas.

Se escucharon dos palmaditas y de pronto muchas luciérnagas comenzaron a aparecer entre las ramas del bosque, pispileando; una tras otra se empezaron a ver y poco a poco se fueron acercando los insectos, volando en caos hasta formar un pequeño pero nutrido enjambre sobre la palma de la mano del pequeño alux, a quien hasta ese momento pudo ver la niña de cuerpo y rostro, gracias a las muchas luciérnagas que iluminaban el lugar ocasionando una escena de luz tenue titilante, blanca pero amarillosa a la vez.

Fue entonces que se dio cuenta que no era ningún niño, a pesar de su tamaño; lejos de eso,

era un enanito de menos de medio metro, pero con una cara como si fuese un indígena viejito, cubierto con un chal bordado en tonos rojizos, como el barro mojado.

Al verlo, la niña dejó de llorar, pero aún sollozando le volvió a preguntar enigmática:

—¿Y quién eres tú?

—Me llamo Lupe, soy un alux, un ser mágico de estas *tiérrasases*.

La niña abrió sus ojos de par en par, dando un pequeño paso hacia atrás, exaltada por quien le hablaba. Al notar el sobresalto, Lupe le dijo apresurado.

—Pero no temas de yo, no ser malvado ni *pervérsoses*, como los brujos ajawab del inframundo, los que hacen la magia del mal, la que provoca enfermedades y enturbia el alma de la gente incitando a la confrontación entre seres semejantes.

—¿Eres un duende de los bosques... o un hada?

—¡Nooo! —dijo en tono de enojo, apretando sus puñitos— No ser duende ni hada. Yo ser un alux.

Lee el libro completo suscribiéndote [aquí](#)